

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Todo

Me dirijo a aquellos que conocen a Jesús, desean servirle y suspiran: «¿Qué puedo hacer para el Señor?». Y están esperando alguna oportunidad importante, un llamamiento particular para cumplir algo que puede ser valorado, en verdad, como “un servicio para el Señor”. Pero permítanme enfocar la cuestión desde otro punto de vista. ¿Hay acaso algún acto, palabra o pensamiento del cual se pueda excluir al Señor? Dejemos que el mismo Dios nos conteste:

“Y **todo** lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo **todo** en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él” (Colosenses 3:17). “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31). Y además, como prueba negativa, leemos en Romanos 14:23: “Y **todo** lo que no proviene de la fe, es pecado”.

Todo. Esta palabra no admite escapatorias: el Señor nos quiere en cuerpo, espíritu y alma para la gloria de Dios. No nos pide algunos momentos aislados de nuestra vida, sino nuestra vida íntegra con todos sus detalles y pormenores. Quiere presidirlo todo, controlarlo todo, y animar todo.

«¿Qué dueño más exigente!» exclamará el incrédulo. Lo es aun más de lo que se supone. Él nos pide: “Dame tu corazón”, es decir, no sólo nuestra actividad, nuestro vigor, sino su misma fuente. Porque tiene sobre los Suyos el más sagrado y el

más dulce de los derechos: el de un amor que le hizo entregarse a sí mismo por nuestro rescate.

Pero, ¡qué dueño más misericordioso! Esta esclavitud es la verdadera y única libertad, porque Él ha roto el implacable yugo del pecado que sobre nosotros pesaba, a fin de que “sirvamos al Dios vivo” con gozo y alabanza. Todo cuanto no se hace en el Señor es una pérdida, en Él todo es ganancia. ¿Qué es el mundo, sino la vana persecución de la felicidad fuera de Dios? ¿Y cómo conseguirá el hombre ser feliz fuera de Dios?

Todo. No dejen que su vida se divida en múltiples partículas: una para Dios con el Señor y las demás sin Él. No hay término medio; o se sirve al Señor, o se sirve al mundo y a su príncipe, Satanás. Una vez más la Palabra de Dios es tajante y absoluta: “**todo**”. En este conjunto no se puede incrustar la menor cosa, ninguna grieta puede partirlo, no podemos quitarle nada.

Examinen ustedes sin tardar los móviles reales de todas sus ocupaciones. Por ejemplo, para hablar de las cosas más triviales, ustedes dedican tiempo y prodigan cuidados a su cuerpo. Hay que alimentarlo, limpiarlo, vestirlo; pide descanso, sueño, cuidados en caso de enfermedad, etc. Todo esto es tan natural que no se les ocurre hacerlo para el Señor. Pero hay algunos que siempre están preocupados de sí mismos, de su salud, de su cara, a veces de su belleza y sus vestidos, o que practican con afán todos los deportes propios para hacer resaltar armoniosamente su cuerpo. Otros, al contrario, descuidan sus cuerpos hasta tal punto que llegan a ser repugnantes para los que los rodean. Se dirá que los primeros están ocupados con sí mismos y que los otros desprecian una cosa que Dios ha creado. Para el cristiano, todo cuanto se refiere a este punto estará regulado y equilibrado si recuerda que su

cuerpo es templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). Entonces lo tratará como siendo consagrado al Señor, sin idolatría ni negligencia alguna, dando gracias a Dios por ello.

Su trabajo, de orden manual o intelectual, se desarrolla en el campo o en el taller, en la oficina o en la tienda, poco importa. ¿Con qué fin lo hacen? Si es con el fin de enriquecerse, su trabajo viene a ser la peor de las cosas. Leamos en 1 Timoteo 6:9 lo que se dice de “los que quieren enriquecerse”. Otros obran como si el trabajo tuviese su propio fin en sí, y hasta es una idea corriente, aunque falsa, que no hay nada más noble que una vida consagrada al trabajo. Otros, por el contrario, siempre estiman haber hecho demasiado por lo que ganan. Aprendamos, pues, a ver en nuestro trabajo diario un medio para servir al Señor, cumplamos nuestra tarea para Él, estando convencidos y agradecidos de que por este medio, Él cuida de nuestras necesidades, de las de nuestras familias, y de que nos permite cumplir la exhortación: “Hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10). No nos hagamos ilusiones, cualquier otro motivo falsea por completo nuestra existencia y disminuye el valor de nuestra labor. Ganarse la vida es honroso delante de Dios, pero trabajar con el único fin de hacernos ricos o de conseguir un nombre es sumamente despreciable. “**Todo** cuanto hacéis, hacedlo en el nombre del Señor... Hacedlo **todo** para gloria de Dios”.

Esta misma regla, muy sencilla en sí misma, puede aplicarse a cualquier campo de nuestra actividad. Queridos jóvenes, muchos de ustedes llevan a cabo un aprendizaje, estudian para la profesión que algún día desempeñarán. Todo esto es muy lícito en sí mismo, y es necesario; pero más allá del oficio, o mejor dicho, por medio del mismo, deben servir al Señor y solamente si tienen este objetivo, podrán instruirse, formarse y cultivarse útilmente.

Desde luego, no se trata de someterse a una ley. Con razón la juzgarían dura e inaplicable. Pero dejen que Cristo posea verdaderamente sus corazones, que Él lo sea todo para ustedes, y todo les será más fácil. Quizá tengan que suprimir radicalmente de sus actividades muchas cosas que les parecen indispensables. A los ojos del mundo representa un empobrecimiento. Pero no teman, siempre tendrán motivos para experimentar el verdadero gozo. La vida cristiana, lejos de ser una vida reducida, es, por el contrario, inmensamente enriquecida. Con un destello celestial, Cristo viene a iluminar las cosas más insignificantes de nuestras vidas.

Dejen que Él mismo, en su infinita sabiduría, oriente su corazón y su espíritu. Entonces ya no elegirán entre los peores pecados y ese montón de cosas «en las cuales no hay ningún mal», pero que a la verdad no son hechas por fe ni para gloria de Dios. ¿De qué sirve discutir acerca de la elección de tal o cual carrera, el asistir a tal concierto, leer tal libro, ir a ver tal partido, hacer tal excursión o realizar un ventajoso negocio? O lo hacen para el Señor, dando gracias a Dios Padre, o no pueden hacerlo para él, y dejan al Señor deliberadamente de lado. No esperen a tener diez o veinte años más para exclamar: «¡Cuánto tiempo he perdido!» ¡Rediman ese tiempo que vuela tan rápidamente y denle todo su valor, utilizándolo **todo** para el Señor!

A. Gibert

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).